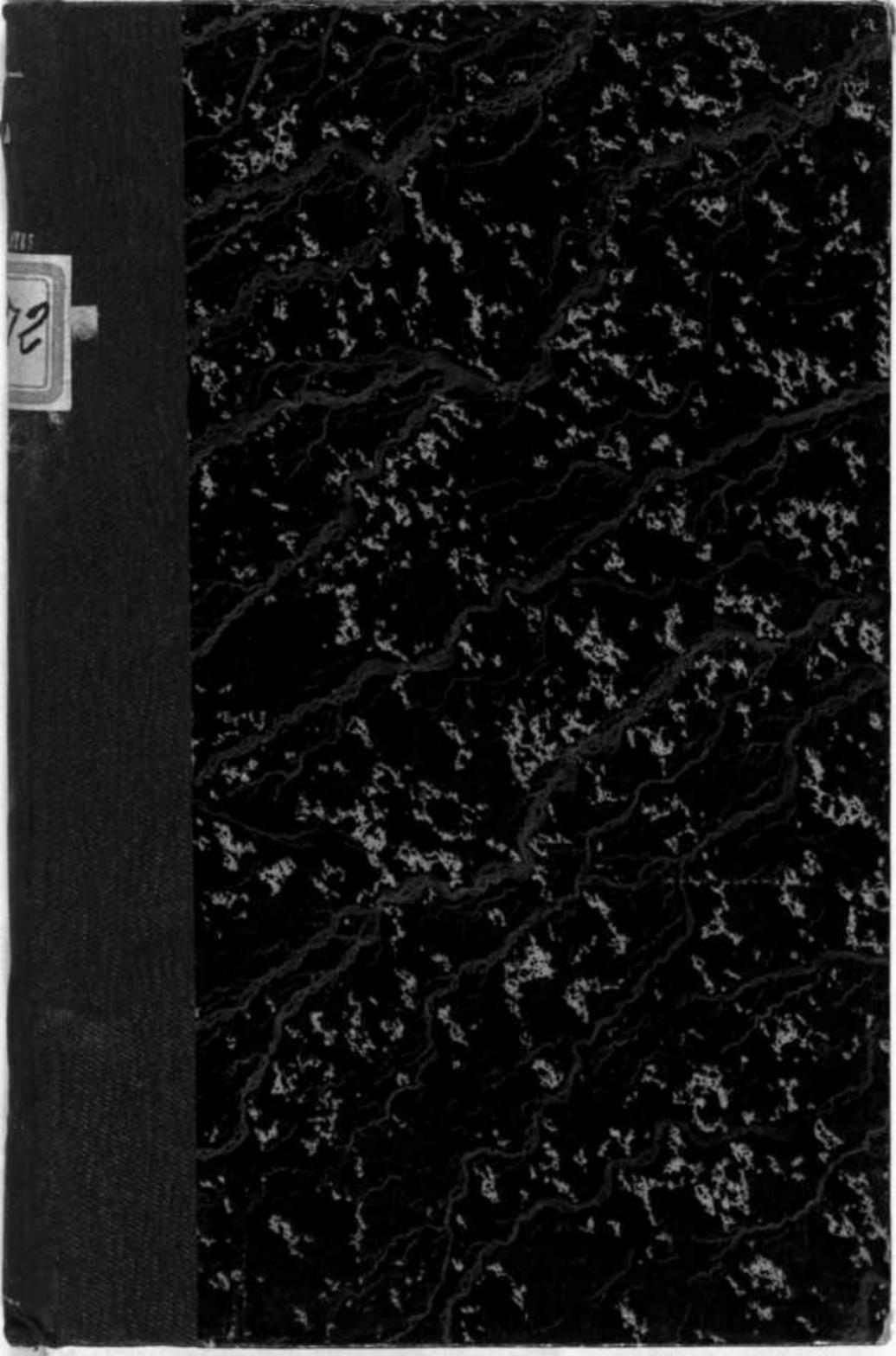


1775

72









APUNTES
SOBRE LA VERDADERA PATRIA
—DE—
MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA,
—POR—

Antonio Castellanos,

Socio honorario del «Círculo Promotore Partenopes Giambattista Vico», de Nápoles; de la «Propaganda di Scienza Popolare»; de la «Unión Opareja Umberto I», y colaborador de los periódicos manchegos;

CON UN PRÓLOGO
DEL

DR. D. MANUEL CORRAL Y MAIRÁ

= 201 =



—1896—

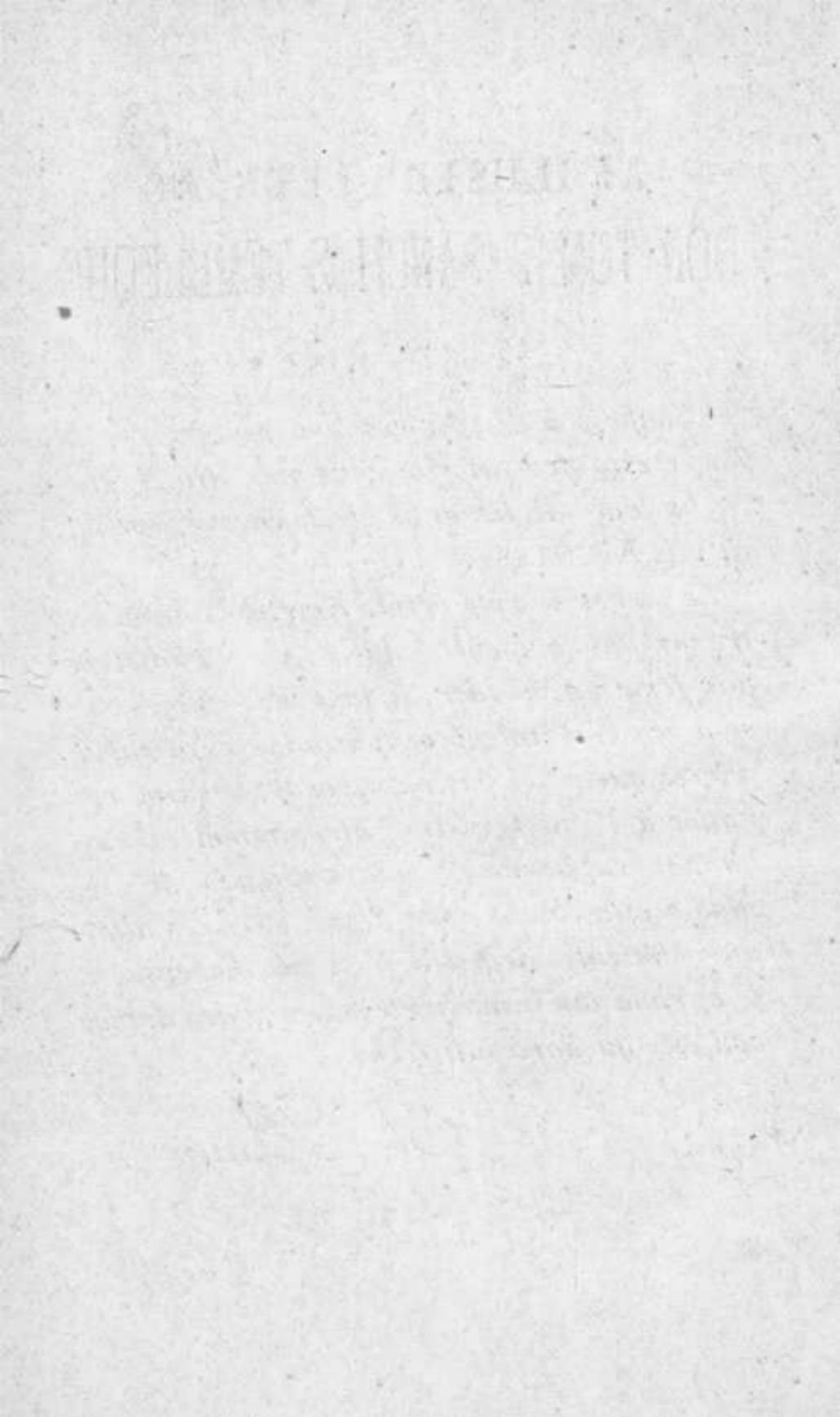
ALCAZAR DE SAN JUAN

AL ILUSTRE LETRADO
DON TOMAS SANCHEZ TEMBLEQUE

Confieso á V., mi excelente amigo, que el hacer esta dedicatoria es lo más difícil que he hallado al llevar á efecto la publicación de mis APUNTES

Lo menos he roto veinte cuartillas antes de trazar las presentes líneas, y no pudiendo dar forma á mi idea, á una idea que en mí se agita y al intentar trasladarla al papel parece que en el vacío se pierde, termino rogando á V. dispense mi atrevimiento al estampar su nombre, como sirviendo de escudo á esta obrita nada digna para los altos merecimientos de usted. Y si me dispensa, y le agrada tan insuficiente muestra de cariño, con esto quedará satisfecho,

El Autor





PRÓLOGO

Completamente equivocado, háse dirigido á mí el autor de este libro, D. Antonio Castellanos, para que yo, humilde soldado, el más pigmeo de las abriantadas filas de la Literatura española, le ponga prólogo.

Tentado estuve de declinar honra para mí tan inmerecida, por que entendía que yo, *ramplón albañil* de letras, había de fabricar un vestibulo feo, obscuro, destartalado y antiartístico, indigno, en verdad, de

una casa hermosa, clara y brillante como la que ha confeccionado el autor de estas páginas; pero reiteradas instancias de D. Antonio Castellanos con el que me unen lazos de amistad, por un lado, y por otro, el entusiasmo y la veneración que profeso al rey de los ingenios Miguel de Cervantes Saavedra, motivo de este libro, hánme convencido asazmente á desistir de mi propósito, y héteme aquí convertido por obra y gracia de la amistad en introductor del sinnúmero de lectores que á buen seguro ha de tener el hermoso libro del Sr. Castellanos. A todos los que introduzca, pues, á saborear la hermosa y castiza prosa que este libro tiene, suplícoles que prescindan del proemio,

que salten sus páginas, que pasen el *vestibulo* á velocidad de bicicleta y entren desde luego en el interior de la casa, de esa casa que ha confeccionado D. Antonio Castellanos con ricos materiales, sólidos y brillantes, producto acabado y sabroso del bullir y rebullir de sus células cerebrales, que bien á las claras muestra se hallan robustas, fecundas y bien organizadas.

Indudablemente, cantar las glorias del autor de *Don Quijote de la Mancha*, entraña ya de por sí una obra digna de loa y alabanza y si además de esto se escudriña su procedencia, entraña un entusiasmo que sólo reina en personas de talento y amantes de nuestra buena literatura.

Es indiscutible que el príncipe de los ingenios, que el inmortal CERVANTES SAAVEDRA, es hijo legítimo de Alcázar de San Juan; para convencerse de ello basta leer las páginas que siguen á este desguisado proemio; en ellas D. Antonio Castellanos, con lenguaje culto y florido, con un estilo verdaderamente cervantino, correcto y hermoso, y con un sinnúmero de datos archilógicos y antirrebatibles, lo demuestra asazmente.

Los *malandrines* literarios que han refutado en escrito la verdad de las verdades, los que niegan que la cuna de Cervantes Saavedra se meció en Alcázar de San Juan y sí en Alcalá de Henares, seguramente si leen esta obra, al parar mientes

en los incontestables razonamientos que D. Antonio Castellanos expone, han de cantar la palinodia, han de deponer su actitud y han de quedar aplastados ante el abrumador peso de la verdad matemáticamente demostrada por un cúmulo de datos que son irrefutables.

Yo, ni soy alcazareño ni soy alcalaino: quizá sea más alcalaino que alcazareño, por que Alcalá de Henares pertenece á la provincia de Madrid que es mi pueblo, y sin embargo, no me ciega la pasión regionalista, y conceptúo perfectamente probado que el autor inmarcesible del *Quijote*, nació en Alcázar de San Juan, y este convencimiento no sólo lo tengo por lo que Castellanos dice en su excelente libro; me ha

bastado para convencerme el año y medio que llevo viviendo en Alcázar de San Juan y el recordar las hermosas páginas del glorioso *Don Quijote*.

Pero ¿á qué cansar al lector con anticipadas aseveraciones que magistralmente ha de ver expuestas en el texto de esta obra?

Regocigese, pues, con su amena lectura; entre desde luego en el interior de esa hermosa casa construida por el notable arquitecto D. Antonio Castellanos, á quien con toda mi alma felicito por su magno é importante trabajo que todo el mundo ha de leer, y pido mil perdones al lector por haberle obligado á pasar en tan suntuoso edificio por el obscuro y hediondo portal que á

Eso es Cervantes; eso, sus concepciones que se levantan sobre la eternidad, y, á manera de salmos divinos, se abren paso á través de todas las pasiones, traspasando todo y á todos.

Por lo tanto; creer que Cervantes no es el *Quijote*; afirmar que el creador de *Dulcinea* no nació en la Mancha, es ignorar lo que representa ese LIBRO en el augusto templo de la Idea.

*
* *

Dicho lo anterior, como desahogo á mi entusiasmo cervantista, antes de entrar á defender que Cervantes fué manchego, nacido en Alcázar de San Juan, no merecería el calificativo de imparcial que en esta contienda he de perseguir, si de-

jase de brindar mi aprecio y amistad á todos los que me imitan con sus plumas, siquierá al hacerlo sostengan inocentemente qu el *Talador* de la Mancha nació en la histórica y noble Alcalá de Henares.

No vengo en busca de enemigos ni á pretender discusiones: mi propósito es decir cuanto creo, como verdad que amo, sometiéndome al fallo de la opinión sensata que me honre con leer estos apuntes.

Sin embargo, si alguien me busca en el periódico, en el terreno de la discusión—pero discusión templada, digna, noble— puede estar seguro de que cuanto digo lo sostendré ahora y siempre.

Soy de los que creen que, Cervantes, naciera en donde al desti-

no le pluguere, nunca, por eso, deja de ser la figura más grande de las letras patrias; pero, apesar de eso, apesar de ser una gloria, no nacional, universal, entiendo que ya es hora de que acaben para siempre las disputas entre alcalainos y alcazareños, dejando brillar la verdad tantos y tantos años obscurecida.

Así pienso, así escribo.

*
* *

Si el estudio, si las noches de desvelo, no hubieran venido á demostrar palmariamente, con las pruebas de empolvados pergaminos, que la razón nos asiste en este trascendental asunto en que han batallado ingenios esclarecidos; si al llevar esa misma razón á periódicos tan

medurados y serios como *El País*, *El Liberal*, *El Correo Español*, *La Ilustración Española y Americana*, *La Reforma Literaria*, *La Censura Española*, *El Labriego*, *La Tribuna*, *El Manchego*, *La Provincia*, *El Centro Manchego*, *La Mancha Ilustrada*, *La Voz de Valdepeñas*, *La Unión Republicana*, *El Amigo del Pueblo*, y otros que no cito, nuestras aseveraciones hubieran sido refutadas antes que aplaudidas, trabajo improvo, inmenso, sería el que nos impusiéramos; pero, como esa circunstancia importante recae en favor de nuestra empresa, de aquí el sernos fácil alcanzar que todo el mundo declare con nosotros, y la Real Academia de la Historia así lo reconozca (aunque no falle ante el respeto á la tradición infun-

dada) que sólo á Alcázar de San Juan le está permitido llamarse madre patria de Miguel de Cervantes Saavedra, autor de *Don Quijote de la Mancha*. Y como en los datos que hemos de presentar hoy, la verdad se hospeda, ni aun la más remota duda abrigamos de que haya alguien que á contradecirnos se atreva, con argumentos sólidos.

Hechas las antecedentes aclaraciones, esenciales, en nuestro entender, entremos en el desarrollo de la cuestión.

Como base firme y segura, y reservándonos para más adelante hablar con amplitud, de las mismas, transcribiremos las dos partidas bautismales que se conservan en las parroquias de Santa María la Mayor

en Alcázar de San Juan y en Alcalá de Henares.

Partida de Alcázar

En 9 días del mes de Noviembre, de 1558, bautizó el Licenciado Señor Alfonso Díaz Pajares un hijo de Blas de Cervantes Saavedra y de Catalina López, que puso por nombre Miguel. Fué su padrino de pila Melchor de Ortega, acompañado, Juan de Quirós y Francisco Almendros y sus mujeres.—El Licenciado, Alfonso Díaz

Partida de Alcalá

En domingo, 9 días del mes de Octubre, del año del Señor de 1547 años, fué bautizado Miguel hijo de Rodrigo CAR—VANTES y de su mujer Doña Leonor. Fué su compadre Juan Pardo, bautizóle el Reverendo Señor Bachiller Serrano, casa de nuestra Señora. Testigos Baltasar Vázquez, Sacristán y yo, que le bauticé y firmé de mi mano —Bachiller Serrano

Cuyas partidas, sin suprimir ni

aumentar palabra ni letra algunas, advirtiéndole que en la de Alcalá aparece una raspadura que hace creer que, en vez de *Car—vantes*, fuese *Caravantes* el apellido del Rodrigo, y un borrón en donde sus defensores, ¡con harta paciencia del arte paleográfico! leen Miguel, son en este largo proceso las primeras pruebas que presentamos. base, como indicamos, en donde se apoyan nuestros juicios. Y copias exactísimas de los originales, cuyos custodios han sido y son los Padres de la Iglesia Romana, quien de su autenticidad dude (y conste que me refiero sólo á la autenticidad en su origen) infiere una grave ofensa al clero y celo españoles, que jamás debió ser soportada por el M. R. P. Fita.

Por eso, al recordar cuanto se ha dicho respecto á la de Alcázar, para desvirtuar su aquilatado valimiento, á risa nos mueven tales maquinaciones, tan insuficientes, tan pobres, y á risa han de mover á nuestros inteligentes lectores cuando lleguemos casi al término de estos APUNTES.

La partida de Alcázar es auténtica é intachable por nada, y quienes lo contrario han pretendido sostener, tendrán muy pronto el pago cumplido á sus desaciertos, su ignorancia ó... su mala fé, al hablar de lo que no entienden.

Para obscurecimiento de la verdad, y sin que esto sea menospreciar la falsa obra de Navarrete, en la cuestión que nos ocupa, cuantos

trancas y barrancas ha construido este inmundo albañil literario que forma en la lista de los vivos con el nombre de

MANUEL CORRAL Y MAIRÁ.

Alcázar, Julio de 1896.



NUNCA huelga la palabra, mani-
fiéstese oral ó escrita, cuando con
ella se predica la fama del talento.

Rendir tributo de admiración al
recuerdo de esos grandes seres á
quienes la humanidad debe tanto y
tanto, no es más que hacer justicia
en la historia á los manes más es-
forzados de la civilización y del pro-
greso.

La vida de los sabios es la vida
de los mártires... Mártires que ja-
más han visto convertida en reali-

dad la idea sacra que defendieron. Por eso los supervivientes, en nombre de nuestros antepasados, debemos consagrar á la memoria de aquellos sacerdotes del decir y del pensar, himnos de alabanza en que las lágrimas presidan como prueba elocuente de pasadas ingraticudes y vivo arrepentimiento.

Ahí teneis explicado porqué no huelga la palabra, jamás, cuando se dedica á ser justa pregonera de la fama del hombre.

Por eso, antes de pasar á demostrar, con datos potentísimos, que sólo á Alcázar de San Juan pertenece la gloria de haber sido cuna del príncipe de nuestra literatura, imperdonable sería que mi desautorizada pluma no rindiera siquiera po-

bre homenaje á la memoria excelsa de ese hombre estupendo que, con su libro de oro, sabe vivir á través de las edades, como génesis colosal de la idea más soberana.

Para cantar á Cervantes hay que cantar al *Quijote*; por que ese libro y ese hombre representan el espíritu de dos cuerpos: hijos gemelos del sentir, en uno y en otro está el alma de uno solo; el alma misma de Miguel de Cervantes Saavedra.

Cervantes es en el *Quijote*, como todos los personajes de ese libro son en Cervantes. Cervantes siente como nadie, y, en su sentir, se personifica en espíritu en su obra de brillantísimas concepciones; y cuando su imaginación es señora

del campo de la idea, se transforma en *Sancho*, en *Don Quijote*, en *niño cautivo*, y, adornando de inteligencia á su seco *Rocinante*, hace de aquel y de éste dos amigos que participan de ideas y decisión propias.

Cervantes concibe una *Dulcinea* superior á todas las damas que ha conocido, y no hallándola igual, ni en ventas ni en poblados, ni en caminos ni en ciudades, ni en el mar ni en la tierra, la *modela* con el pensamiento, la crea á capricho de su sentir

Cervantes necesita de un socarrón *señor* de todos los socarrones, y dejando correr la pluma engendra un *Sancho* con figura de palurdo y sentencias de filósofo inalterable. En la mente de Cervantes ger-

mina la más excelsa pulcritud, y nos presenta un *Don Quijote*, que es el acabado modelo de lo recto.

Y de esta manera magistral, el *Quijote de la Mancha*, no es más que una crónica, afiligranada, de la vida y hechos de ese genio inmortal é incalificable. Por que Cervantes no es el moralista, ni el filósofo, ni el jurisperito, ni el economista, ni el cocinero, ni el médico, ni el marino; Cervantes con su *Quijote*, como Shakespeare con su *Otelo*, es una de las dos partes en donde circula el resumen del saber y del sentir. Por eso, al cantar á Cervantes, hay que pensar también en Shakespeare. Y así como con Séneca hemos representado en España el estoicismo, con Lucano la epopeya del venci-

do, y con los teólogos del Renacimiento la causa del humano arbitrio contra la gracia luterana, así con Cervantes, como con Shakespeare en Inglaterra. á través de los tiempos, protestando todo lo ideal contra todas las realidades impuras, representamos el *non plus ultra* del talento. Por que la inmensa catedral de la Idea, está en Cervantes y en Shakespeare. Cervantes es todo sentir, y para hacer su obra necesita escribir sus sentimientos; y por eso crea como nadie, y por eso encanta como Shakespeare. Y crea y encanta, sintiéndose á sí mismo, dando *colorido* radiantísimo á sus goces y sufrimientos... Haciendo de la verdad materiales para contruir en pirámide inmensísima á la leyenda excelsa.

la han tratado, sin separar jamás en sus elucubraciones el nombre *Cervantes* del *Cervantes Saavedra*, en donde quiera que estos apellidos hallaban, fuera el simple ó ya el compuesto, haciendo tan omiso caso del *de* como del *Saavedra*, le daban la importancia de prueba justificativa para la vida del inmortal autor del *Quijote*; y de aquí el origen de ese caos de dudas en que hoy se hallan hasta los mismos distinguidos miembros de la Real Academia de la Historia. Mas como quiera que la lógica, siempre imparcial, y el estudio, son los encargados de fallar este pleito del dominio público, esforzándonos cada cual por nuestro lado en averiguaciones, la verdad se presenta á nuestra vista, patente, clara, poderosa, incontrarrestable.

Ciertísimo es que, estando, como estuvieron, en la memorable ¡batalla de Lepanto, el autor del *Quijote* y el Carvantes de Alcalá de Henares, nada más complicado que separar los hechos de ambos compañeros, pero esto es si se prescinde del *de* y del *Suavedra*, dentro de alucinaciones sin nombre ni calificación propios.

Si Miguel de Cervantes Saavedra, siempre noble, jamás prescindió del *de* ni del *Suavedra* en cuantos documentos firmó, desechemos todos los que carezcan de esas dos esencialidades. Por eso creimos de especial importancia, para esta obra, la confrontación de firmas. Y sabiendo, positivamente, que el Cervantes (nuevo aparecido) á quien se

siguió sucia causa en Valladolid, era natural de Alcalá, si su firma era también la misma del autor del *Quijote*, Alcalá triunfaba al par que la moral predicada por Cervantes padecía, y á proclamarlo así se me obligaba. Pero, desgraciadamente para la noble Alcalá, la firma del encausado, puesta enfrente de la del que escribió *la vida del Cautivo*, no era más que una doble prueba de la razón que asiste á Alcázar de San Juan.

Es más; es que en ninguno de los documentos en que se fijan los miopes defensores de Alcalá, aparece el apellido *Saavedra* demostrando la razón de sus pretensiones; ni aun en Sevilla y en Simancas.

Afirmaciones son estas, mas que

suficientes, para que los alcalainos se reconocieran; pero aun estando en ellas un inmenso poderío, los alcalainos siguen sosteniendo, al lado de sus defensores, su error, declarando que es imposible que nuestro Cervantes Saavedra escribiera el *Quijote*, por que entonces, dicho autor «arábigo y manchego,» tendría trece años, y bastantes meses más, cuando la batalla de Lepanto, edad incompatible para la guerra.

¡ !

¡Hojead la historia, desde David hasta nuestros días, y destruidas por completo hallareis esas argumentaciones, tan insuficientes y descabellados juicios!

Por aquella edad de hierro y de inquisición, dos carreras podía em-

prender el genio: las armas ó la Iglesia.

Si Cervantes, aunque buen cristiano, jamás pudo respirar entre el incienso de los conventos, ¿qué de extraño tiene el que á los catorce años de edad se lanzara, animado por su alma ardiente, al campo de las luchas, á donde grandes y patrióticas batallas se habían de librar enfrente de extranjeros soldados?

¿Habrá alguien que conteste?

Relatemos, pues, con la historia, algunos de los innumerables hechos llevados á cabo por niños menores de catorce años. Presentemos al niño Guillermo Usias y García, del cual toda la prensa háse ocupado, dedicándole largos y sentidos párrafos; cuyo niño de ocho años de

edad, jugando, hace tres ó cuatro, en la ribera del Bidasoa, con su compañera Isolina Echares, al caer esta en la corriente del mencionado río, arrojóse decidido y extrajo de la misma con valor imponderable el cuerpo de la tiernecita niña, ya casi agonizante.

Dediquemos un recuerdo á aquel «cornetilla valiente», de diez años de edad, que fué paseado en hombros por las calles de Madrid, al terminar la última guerra sostenida con el Imperio Marroquí; cuyo hecho heroico de aquel ángel consistió en cortar la cabeza del moro que pretendía robarlo á nuestro ejército.

Invoquemos la memoria de los Santos Niños de Alcalá, los paisa-

nos de *Car-vantes* Cortinas, y en ellos tendrá el lector á los gentiles de la Alcarria, con todos sus admirables hechos.

Preguntemos en Valdemoro qué edad tenían aquellos pequeñuelos, que, armados, prendieron á cuatro malhechores, conduciéndolos á la presencia de los Jueces, y nos dirán que sólo contaban doce años de edad cada uno.

José Bará, natural de Palaiseau, ¿caso, antes de contar los catorce años de edad, no fué voluntario á combatir á los sublevados de la Vendé, en 1793, prefiriendo morir, antes de gritar «Viva el Rey?»

Marceau, llamado el «Héroe del Rin,» ¿qué edad tenía cuando llevó á cabo sus gloriosas hazañas?

El hijo de Guzmán el Bueno, de doce años de edad ¿no mandaba un formidable ejército de caballería?

Boxuet, ¿no era general antes de cumplir catorce años?

Y David, ¿puede la historia negar, mostrando sus páginas, que antes de cumplir catorce años de edad mató al rey de las selvas y á su competidor el oso, y que venció, cual titán, al gigante Goliath? Pues hechos son estos que oscurecen por completo el acto sencillísimo y natural de defenderse el autor del *Quijote*, enfrente del enemigo, desde la Galera el Sol. Esto, refiriéndonos á las facultades de los niños para luchar por la existencia y la humanidad con valentía y arrojo incomparables. Si, en cuanto á ser posible que

Cervantes Saavedra á los diez ó doce años de edad concibiera su obra sublime, se nos quiere discutir,..... entonces, nuestros adversarios, procuren antes borrar de la historia del arte, de la poesía, los eternos rasgos de Velázquez, las concepciones del divino Dante, cuando á los ocho años de edad siente un amor intenso por esa Beatriz que adora, á través de las evoluciones de la vida, en espíritu, en el Infierno, en el Purgatorio y en el Paraiso. Niéguese, entonces, la existencia de los gloriosos cantores de la Naturaleza, entre los que aparece el niño Milton con sus «meditaciones» sin nombre, para legarnos luego su admirable *Paraiso Perdido*; consideremos como frase hueca de la mitología el

nombre de Bayron, y creamos que es un sofisma Petrarca con su Africa; y nunca tengamos por cierto el que Becquer y Espronceda, muy niños, tratando á la *retórica*, al libro, á puntapiés, de sus plumas hicieran brotar sentidas poesías que hoy forman parte de la retórica misma. Si esto no basta, pregúntese en la redacción del *Heraldo de Madrid*, quién es Pedro Répide, y allí mostrarán una poesía escrita por un niño de once años de edad, é inserta en el número 930 del popular diario.

Y si todo lo expuesto es verdadero, ¿en qué pueden apoyarse los incalificables defensores de la noble Alcalá, para seguir negando que Cervantes nació en un lugar de la Mancha? ¿En la rutina más grosera;

sólo en la rutina, hija siempre de la ignorancia y del tradicional y vergonzoso servilismo!

*
* *

Aquí debía tocar á su fin nuestra defensa; pero, el mismo Cervantes, convertido en su *Quijote* en *niño cautivo*, relatando parte de su vida, nos presenta la prueba más grande y poderosa con que habremos de esmaltar este trabajo. No olvideis que Cide Aamate Benengeli es un pseudónimo sacado de las letras M-i-g-u-e-l d-e C-e-r-v-a-n-t-e-s, salvo dos ó tres sustituidas; tened presente que D. Melchor de Ortega fué el padrino del manchego escritor, y que este tenía otros dos hermanos varones, cuyas partidas se conservan en Alcázar; y ya en vuestra me-

moria fijo esto, pasaremos á recitar algunos párrafos de la *vida del Cautivo*.

*
* *

Próximas á estallar las terroríficas batallas entre españoles y turcos; en la ciudad de Alcázar de San Juan, en una casa situada en la plaza de la Rubia del Rosquero, hoy de Cervantes, un padre llama á sus tres hijos varones para preguntar qué carrera desean seguir; ese padre es D. Blas de Cervantes Saavedra, esos sus tres hijos son Miguel, Tomás y Francisco. Los dos últimos se deciden por las letras y la Iglesia, respectivamente; el Miguel desea los azares de la guerra. Sigamos al guerrero imberbe, hasta verlo de capitán, después de veintidós

años de privaciones y cautiverio..

» Embarquéme en Alicante—dice —llegué con próspero viaje á Génova, fui de allí á Milán donde me acomodé de armas y de algunas galas de soldado, donde quise irme á sentar mi plaza de Piamonte; y estando ya de camino para Alejandría de la Pallá, tuve nuevas que el gran Duque de Alba pasaba á Flandes. Mudé de propósito y me fui con él á servirle en las jornadas que hizo; halléme en la muerte de los Condes de Eguemón y de Hornos, y alcancé á ser alférez de un famoso capitán llamado D. Diego de Urbina.

« Al cabo de algún tiempo tuve nuevas de la liga que la santidad del Papa Pio V—de feliz recorda-

ción—había hecho con Venecia y España contra el enemigo común, que es el turco.»

Y, tras extensa relación que no hemos de citar punto por punto, después de relatar parte de su vida, encubierto con el sobrenombre de Cautivo, Cervantes, Cide Amate Benengeli, el autor *arábigo y manchego*, ó el Capitán, acompañado de su Zoraida, como lo fuera Petrarca por su Laura, lo encontramos, según afirma con muchísima razón en su «Vida de Cervantes» D. Francisco Lizcano y Alaminos, en las ventas de Puerto Lápiche en donde halla á su hermano Francisco el Oidor.

Y prosigamos, forzosamente, sin *quitar ni poner rey*, hablando con dicha «Vida de Cervantes.»

«El Capitán y Zoraida se dirigieron para la villa de Herencia, que se halla á dos leguas, al Este de dichas ventas del Puerto, (hoy pueblo) y á dos leguas de Herencia se halla Alcázar de San Juan, población del mismo Capitán. Cuando los viajeros se habían aproximado á esta dicha villa, fueron alcanzados por un labrador del mismo lugar del Capitán que venia de los cerros del Gígüela de ver sus plantíos de olivos y viñedos. Al ver este dicho labrador á aquellos viajeros, les dijo:

—¿De dónde vienen ustedes?

El Capitán le contestó que de las Ventas del Purto Lápiche, y que pasaban al lugar de su nacimiento, del que hacía veintidos años que faltaba.

—Pues, de quién es V. hijo en Alcázar de San Juan?—preguntó el labrador.

—De D. Blas de Cervantes Saavedra y de D.^a Catalina López de Ortega.

—Tú eres Miguel—dijo el labrador.

—Yo soy el desgraciado entre mis hermanos, manco y pobre por estos caminos desde que desembarqué en Vélez Málaga.

El labrador se apeó de su mula en que iba acabalgado, y lo abrazó diciéndole: Soy tu padrino de pila y pariente, Miguel; eres mi ahijado. Tu hermano el Oidor y su hija se hallan en Toledo ventilando unos asuntos de familia, y en cuanto que de esto concluyan, se pasarán por

las ventas del Puerto á Sevilla, y allí tomarán Galera para las Indias.

—Nos hemos despedido—dijo el Capitán—esta mañana en las Ventas, antes de partir él para Sevilla y nosotros para el lugar.»

Y cuando no hubo concluido esta relación, en la que no hay pasión ni fuerza que puedan vencer nuestra idea al sostener que Cervantes fué nacido en la Mancha, ya se hallaban los tres en dicha plaza de la Rubia del Rosquero, y enfrente á la casa donde nació aquel, en la cual el D. Blas dió, hacia veintidós años, el consejo á sus tres hijos.

Tras un momento de pausa, el anciano y práctico D. Melchor, comprendiendo la impresión que podría producir en D. Blas la presencia in-

esperada de su hijo Miguel, dijo á éste que convendría antes anunciar al buen viejo, con exquisita precaución, tan fausta noticia; y así fué, que habiendo pasado el referido padrino á verse con D. Blas, lo halló sentado y sostuvieron el diálogo siguiente:

—«Buenos días nos dé Dios, Blás.

—Buenos te los dé Dios, Melchor.

—¿Cuánto tiempo hace que tu hijo Miguel se embarcó en Alicante para Génova?

—Sí la memoria no me engaña, unos veintilós años, poco más ó menos.

—¿No tuviste noticias de él en todo el tiempo trascurrido?

—Sí; las he tenido, pero ninguna verdadera.

—Mira, Blas, que va larga la fecha.

—Estoy convencido de que debe haber muerto en la jornada de Lepanto, ó hallarse cautivo en Constantinopla, ó en otro sitio, ó sabe Dios dónde.

—Dispensa que te ñiga, Blás, que vives muy engañado; por que tengo yo de tu hijo muy buenas noticias.»

Y poniendo aquí fin á estos diálogos, haciendo constar que en la casa de los Cervantes se abrazaron padre é hijo, después de una ausencia de más de veinte años, pasemos á comentariar, para mayor convencimiento de nuestra razón:

Si el autor del *Quijote* se llamó Miguel de Cervantes Saavedra; si

este Miguel de Cervantes Saavedra, investido de Capitán, llega al término de Alcázar, á los cerros del Gígüela, y se encuentra con su padrino de pila, D. Melchor de Ortega; si es una verdad que padrino, padre é hijo se abrazan en casa de D. Blás, ¿en qué se pueden apoyar los incalificables defensores de Alcalá de Henares, para disputar á la abandonada ciudad de Alcázar su legítimo derecho á llamarse cuna indiscutible del Príncipe de las letras pátrias?

Cervantes, al guardar su pluma en un sitio oculto á los follones mandrines, dice que NO QUIERE REVELAR Á NADIE EL LUGAR DE SU NACIMIENTO, PARA QUE LOS PUEBLOS DE LA MANCHA SE DISPUTEN LA GLORIA

DE HABERLO MECIDO, COMO ACONTECIÓ EN GRECIA CON HOMERO. ¿Es, acaso, en esta afirmación, en lo que se fijan nuestros sistemáticos contrincentes, para seguir en sus *trece*?

¿Es que Alcalá de Henares, en esta contienda, forma parte de la tierra de los andantes caballeros y de los sanchos?

En esas amargas y proféticas frases de Cervantes se manifiesta la verdad que defendemos, que Cervantes es hijo de Alcázar, pero.... Alcázar es..... Alcázar; es «un lugar de la Mancha, de cuyo nombre Cervantes no quisiera recordar un día,» cuando entre risa y llanto trazaba en una obscura prisión los primeros rasgos de su obra eterna, y por eso, hasta hoy, nadie ha querido reco-

nocer su justicia.

No: Alcalá de Henares no tiene más pruebas, en este proceso, que sus antiguos pergaminos, el recuerdo de sus antepasadas glorias, ser de la provincia de Madrid, y la fé y el entusiasmo dignos de mejor suerte, que muestra por todo lo grande. Esto presenta Alcalá, y por lo mismo yo la ensalzo y admiro, aunque á combatirla con nobleza vengo. ¿Qué culpa tiene esa matrona de la ciencia, de que hombres de mentida autoridad, en este asunto, la adjudiquen lo que no la pertenece? ¡Se admite al hijo adoptivo, y en ello se experimenta gran satisfacción, por qué no ha de abrazarse el talento huérfano de patria!

Eso hace la antigua Cómpluto;

por eso yo no quiero que se ofenda si la verdad proclamo. Mis justos y merecidos ataques no se dirigen á otro punto que al en donde se ocultan la felonía, la mala fé, la intriga y error que salieron á la faz de esta contienda, disfrazados de doctores, (?) sin llamarlos nadie.

En Alcázar de San Juan vió por vez primera la luz el autor del *Quijote*, y Alcázar de San Juan es sin disputa la cuna de Miguel de Cervantes Saavedra.

Y si alguien de esos que han tachado de falsa la partida de Cervantes conservada en Alcázar, leyere estos APUNTES, prepárese para ser objeto de una rechifla ante su ganado ridiculo, ante su estúpida ignorancia.

En un insustancial y macarrónico librote que se ha publicado el año 1894 ó 95, después de cerrada la «Exposición Histórico-Europea que tuvo lugar en la Corte, leí, con harta sorpresa, «que la partida de Cervantes Saavedra que en un libro parroquial de Santa María la Mayor presentaba en referida Exposición Alcázar de San Juan, era, no solo apócrifa en su contexto, sino que los caracteres extrínsecos que la informan dejan de ver bien á las claras la mistificación más palmaria, la falsificación más tosca que jamás se dió en casos semejantes.»

Prosigo leyendo tan *arrogantes* páginas, dignas del *tio Bizcochos* de mi tierra, quien dice *sí, por que sí, ó no, por que no*, y como prueba de

la gran (?) capacidad de su autor, hallo: «Y como rasgo final de *ingenio*, el falsificador de esta partida, como el pintor Orbaneja de Úbeda, apuntó al margen, para evitar dudas: Este es el autor de la Historia del *Don Quijote*»

De esos dos párrafos—en donde su autor, el escritor Sr. D. Manuel de Foronda, asoma su oreja cual sediento rapazuelo de nuestra literatura, en busca de prestigios—voy á dar cumplida contestación al último, en lo que á la «apuntación del margen» se refiere: No fué autor de falsificaciones, que sólo existen en la mollera hueca de cualquier necio ó pedestre *subyugado*, quien escribió al margen de la indicada partida conservada en Alcázar «Este fué el

autor del *Quijote*;» el que tal anotación hizo, se llamaba D. Blás Nasarre, que, pasando á la Mancha por encargo del Sr. Duque de Híjar á registrar los archivos parroquiales para ver si se hallaban documentos que dieran luz sobre la verdadera cuna del autor del *Quijote* (sin pensar jamás en que *nos habia de salir* eminente paleógrafo el insigne y nunca bién ponderado D. Manuel de Foronda) viendo dicho señor la referida partida, no tuvo reparo en afirmar que esta era la del príncipe de nuestras letras.

En cuanto á la primera afirmación, encontrada en el *librico* que nos ocupa, aquella es de más trascendencia, siquiera sea por que á la ignorancia ó mala fé que envuelve

va unida úna declaración grave; declaración que va á ser destruida para siempre.

Como también (con permiso del Doctor Póstumo y de Foronda) presumimos de escritores festivos en la Mancha, aunque sin apelar al testimonio del pintor Orbaneja de Ubeda, va á resaltar en estos serios apuntes la nota jocosa. Dicen que la vida es llanto y risa, y sirviéndonos de consejero este pensamiento filosófico, allá va «nuestro *cuarto* de espadas en grotesco.»

En cierta ocasión, y este cuento ya es añejo, uno de esos curanderos de aldea, al ver sufrir á su padre el mal de ojos, echó mano á un libro de su *consulta* que tenía, y, leyendo «para los ojos, abrojos» á la termi-

nación de una hoja, cerró el libro y se fué en busca de la *medicina*, regresando con ella á los pocos minutos. Sin reparar en nada, hizo con los abrojos una *buen*a cataplasma, y la aplicó á los ojos del paciente.

Pero, ¡oh sorpresa de la *ciencia ligera*! al quitar, á otro día, tan profuso empuchado, el padre, el paciente estaba ciego. El hijo curandero se arrebató, y no había leído que en su *obra* de consulta, á la vuelta de la hoja, decía: «son buenos para sacarlos.»

Cosa parecida le ha ocurrido al autor de «Cervantes en la Exposición Histórico-Europea» al calificar á la partida de Alcázar de «apócrifo guardarlo en un archivo parroquial.»

Atrevida siempre la ignorancia, quien tal versión hizo pública en letras de molde, creyéndose suficiente autoridad, entendía que nadie hubiese capaz de arrojarle un reto; y aunque nada serio se merece el que se aparta de la verdad, el deber me obliga á «poner los puntos sobre las íes.»

En primer término, manifestaré: que las hojas del libro parroquial, de bautismos, origen de este reto, no guardan entre sí otra relación que la numérica en sus folios; y que mal puede ser falsa la partida de Cervantes, ni su hoja ni la que le sigue, por que si lo fuera, tendríamos que pensar en la *inspiración* que tuvo el escribiente que en el folio en que se halla la partida de Cer-

vantes dejó un hueco, para que luego en el mismo se llevase á cabo una falsificación, oculta años y años á la vigilancia de los Padres de la Iglesia. Pero no es esto lo más importante: lo trascendental consiste en que, estando el libro encuadrado á cuadernillos de cinco en cinco pliegos, para ser falsa la partida de Cervantes, con su hoja, es forzoso que habrían de correr la misma suerte las cuatro de cada cara de la hoja que forma pliego con la refutada en el conato de libro *cervantómano* que tales descubrimientos nos enseña.

Por que, aun afirmándolo Foronda y el Doctor Póstumo, no es cierto que el libro parroquial esté cosido *á lomo*, ni que tengan sus hojas

independencia entre sí al ser encuadernadas.

Por eso resulta que, en el cuader-nillo que nos ocupa, encuadernado con los demás del libro, la hoja folio 20, en donde se halla la partida de Cervantes, forma pliego, guarda relación entre sí, con la folio 23; y la folio 21, ó sea la siguiente á la hoja folio 20, guarda relación entre sí, forma pliego, con la 22.

Por lo tanto; el Doctor Póstumo y Foronda (dos en esencia y uno en forma de *plancha*) al afirmar que es falsa la partida conservada en Alcázar, y al asegurar la existencia de esa misma falsedad en dos hojas del tantas veces repetido libro bautis-mal, como el curandero del cuento, han dicho, con el más soberano des-

ahogo, que ese libro contiene VEINTIOCHO INSCRIPCIONES BAUTISMALES, FALSAS, descontando las cuatro que corresponden á la cara en blanco del folio 22, marcada con la palabra «Inutilizada.»

¡Una friolera! Veintidós falsedades, ocultas á la ciencia, hasta que Foronda y el Doctor Póstumo *han salido*, con harta sorpresa de todos, demostrando sus vastísimos (?) conocimientos (??) paleográficos (¡...!)

Y dejando á un lado estas reticencias, pues siempre es digno de compasión el ignorante vencido, terminaremos diciendo, que, quien desee convencerse de si Cervantes nació ó no en Alcázar, váyase á vivir á esta ciudad, siquiera por dos años; ¡donde verá que, ni una está-

tua al autor del *Quijote*, ni el nombre de D. Juan Alvarez Guerra incrustado en cualquier esquina, nada patentiza que allí se siente amor y gratitud por lo que es grande y generoso!

Aun mejor que todo: En varonil y sempiterno espíritu lo demuestra cuanto se llama Mancha. El odio de los alcazareños hácia todo lo que es suyo y brilla y se distingue y se eleva; el quijotismo inofensivo de mis queridos paisanos los argamasilleros, y la socarronería de los hijos de Criptana.... todo, todo pregona que Cervantes fué manchego.... que en la Mancha nació el que en la Mancha lloró sus más agudas desventuras entre el pesar de los engaños y las vigiliás, el genio del bien decir.

Lo proclama Cervantes al guardar su pluma; lo confiesa la historia; y, sobre todo, lo patentiza esa llanura inmensa, sobre cuya arcilla la idea cree ver aún las huellas de *Rocinante*, percibe el eco inextinguible de la legendaria *Dulcinea*, y puede estudiar la filosofía más profunda en esos *sanchos de bota* siempre en mano que para cada pensamiento saben un refrán, y para cada hombre inventan un mote.

Fin

Señores y Centros que han cooperado
 á la realización de esta obra,
 y núm. de ejemplares que adquieren

Ilmo. Sr. D. César de Anaya	100
Exma. Diputación Provincial	100
Ilmo. Ayuntamiento de Alcázar	50
Exmo. Sr D Cayo López	50
» » » Juan Alvarez Guerra	50
Ayuntamiento de Herencia	30
id. de Pedro Muñoz	15
id. de Argamasilla	10
id de Campo Criptana	25
M. R. P. Panadero	25
Casino de Alcázar	25
D. Tomás Amat	5
D Vicente Moraleda	50

FE DE ERRATAS.

DICE

DEBE DECIR

qu. Pág. 8, L. 4 que
 Bayron. id. 24 id 1 Byron
 Veintidós id 46 id. 7 Veintiocho





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

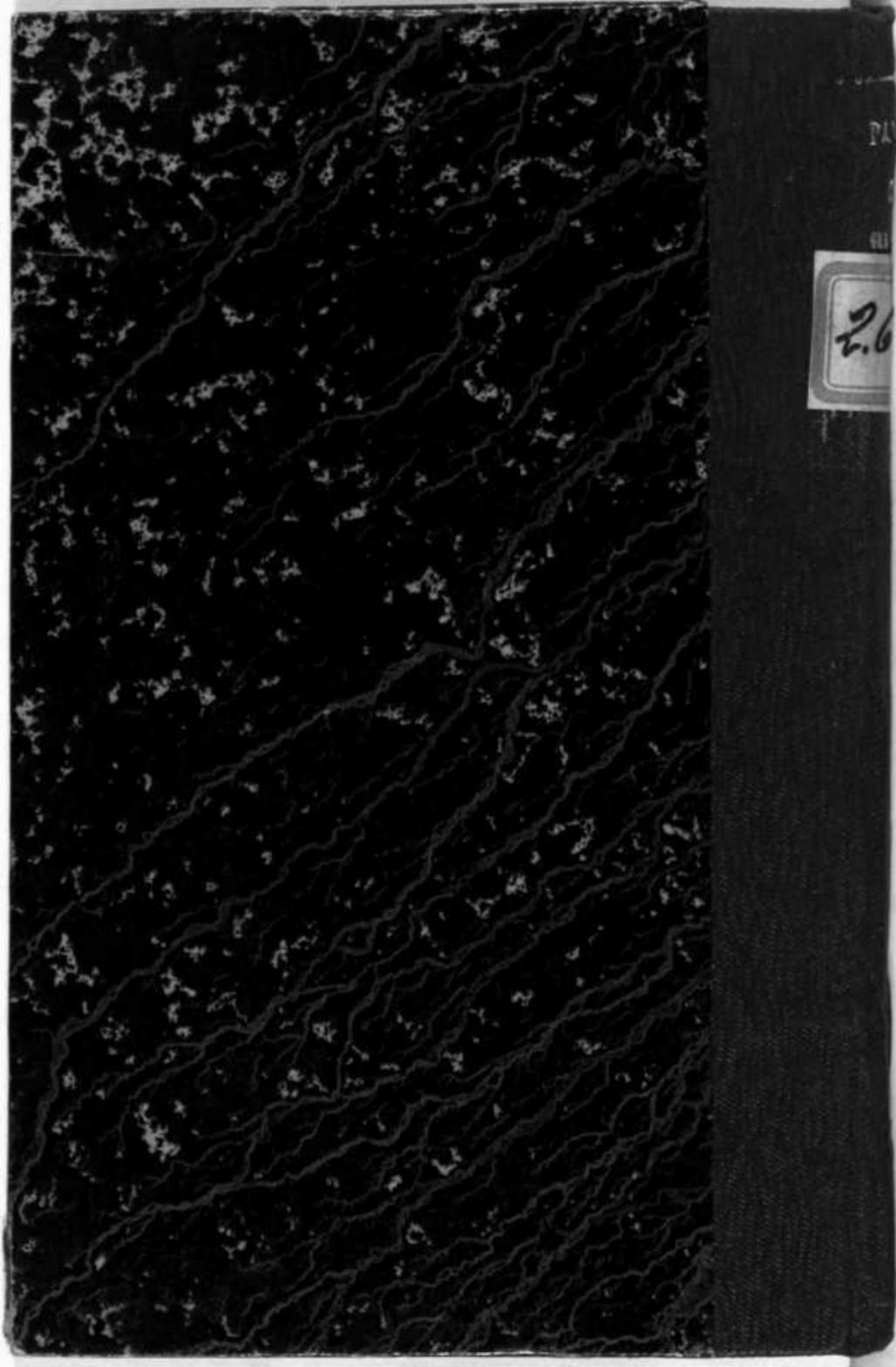
Pesetas.

Número. **2672** Precio de la obra.....

Estante.. **27** Precio de adquisición.....

Tabla.... **2** Valoración actual.....

Número de tomos....



PA

RI

2.6

STANDARD

NEW

STANDARD

